

lución a medida que iba triunfando: en los viejos, en los jóvenes, en las mujeres y en los niños, todo en proporción y conforme a la verdad de los hechos; detrás de ese grupo, el jinete plenamente armado es el soldado raso de la Revolución, que vela por el progreso que representa la maestra rural; ese soldado también vela por el progreso material representado en aquellos hombres que, en el fondo, labran la tierra, que ya es tierra, si no propia, cultivada por ellos como propia porque son sus ejidos.

Es natural que no pueda yo reproducir *textualmente* las palabras de don Diego; mis preguntas tenían que ser cortas y precisas ante aquel hombre tan

respetado y admirado por mí y cuya parquedad en el hablar me llenaba de zozobras. Sin embargo, estuvimos conversando durante cuatro mañanas enteras, y por ello puedo afirmar que las palabras que pongo en sus labios abarcan la plenitud posible de sus contestaciones.

—Don Diego, Ud. me contó que en el Patio del Trabajo había hecho un proceso completo, y veo que estamos empezando por el final, cuando ya la Revolución se presenta victoriosa.

—Es verdad; pero ese proceso no tiene la importancia

que Ud. le da; tiene que reducirse, en nuestra historia, a los puntos cardinales; por los cuatro confines no había más que trabajo bruto antes de la Revolución; cuanto he podido hacer es colocar a los trabajadores según su posición geográfica respecto de la capital: al Norte, en el pabellón del Norte, he colocado las fundiciones, las grandes fundiciones, y los latifundios, los grandes latifundios con sus horribles crímenes contra el labriego; al Sur, están los tejedores y los tintoreros, los que cultivan los extensos frutales y los cañaverales de azúcar; en el Centro, Este y

Oeste, se trabaja en cerámica, se cultiva el trigo, están las minas y además fue aquí en el centro en donde ocurrió por primera vez la unión del campesino y el obrero, la hoz y el martillo, las dos grandes fuerzas que dieron el triunfo a la Revolución. Ahora, en este costado se representa, efectivamente, el fin de la época pre-revolucionaria, como Ud. lo ha observado.

En aquel momento íbamos ya dirigiéndonos hacia la escala que debía ocuparnos todo el resto de la mañana, por el profundo símbolo de cada uno de sus detalles, por el glorioso símbolo total que en ella está escondido. Mas es lo cierto que conversamos otras cosas sobre el Patio del Trabajo.

Rafael Estrada

Costa Rica, Marzo, 1928.

1.—Nadie sabe lo que es la fidelidad hasta que no ha leído la historia de Damayanti: la historia de la princesa Damayanti, que está contada en el libro del Mahabarata. Muchas historias ha dejado el dolor de amar; pero la fidelidad una sola historia: la historia de Damayanti, la enamorada fidelísima, que está contada para la eternidad de los tiempos en el poema eterno de los brahmanes.

2.—Yo la he releído y me he dicho una vez más: "Todo es pálido junto a la esplendorosa flor, frente a la prodigiosa estrella de la fidelidad de Damayanti". Muchos dijeron antes esto mismo; muchos lo dirán después; y ni soy el primero ni seré el último que refiera esta historia maravillado.

3.—¿Es fiel el prisionero a las rejas que lo encierran? Acaso no conoce el Occidente otra especie de fidelidad. Pero la historia de Damayanti no tiene nada que ver con tales miserias, y es con justicia el asombro y la gloria de los hombres, si no también la gloria y el asombro de los dioses. ¡Dichoso el poeta que por primera vez la contó! Ese fué oído juntamente en la tierra y en el cielo. Dichoso todo el que la cuenta. Dichoso todo el que la oye contar.

4.—Poco sabe del verdadero amor el Occidente; y aun es posible que asistamos a un caso de las cosas del corazón. Por de pronto, flotan nubes de oro y de rosa en un cielo que todavía suponemos matinal; pero

¿qué haremos cuando por sobre las flotantes nubes de rosa y de oro empiece a echar sus crespones la noche? Contar y repetir historias como la de Damayanti es encender algunas antorchas para la noche que llega.

5.—¡Miseria occidental la de creer que el amor sólo ata por el espacio de unas pocas lunas! ¡Miseria la de asombrarnos cuando se nos da siquiera un instante de añadidura! ¡Miseria la de imaginar que el amor es solamente un engaño de los sentidos! Damayanti sabía dos cosas muy diferentes: que la planta del verdadero amor florece para la eternidad y que no es un engaño de los sentidos, sino realmente la única verdad de la vida.

6.—¡Miseria occidental! ¿Cuándo comienza la mutua desconfianza y el recíproco recelo? La mutua desconfianza y el recelo comienzan ya en la segunda mitad de ese fugacísimo instante de la primera confesión ¡Miseria occidental de la desconfianza escéptica! ¡Ah!, no desconfió ni receló Damayanti cuando el príncipe Nalo le dió la primera prenda de amor!

7.—Pero Damayanti conoce el secreto del amor de las almas. Damayanti sabe bien que allá en el principio, cada espíritu constaba de dos almas gemelas que hubieron de separarse después, encarnando en sendos cuerpos; pobres sedientas almas

que desde entonces no cesan de buscarse por los caminos de la vida, a través de unas y otras encarnaciones. Esto es lo único que sabe Damayanti.

8.—Y pues que en el principio fueron un solo espíritu estas almas, y, pues, que no cesan de buscarse en la tierra, a través de las reencarnaciones, soñando con reconstituir un día aquel espíritu solo, jamás Damayanti dudará del amor del príncipe Nalo, ni de una sola de sus palabras, así parezca desmentirlo toda la vida. Porque Damayanti ha reconocido en el príncipe la otra mitad de su divino ser.

9.—¡Miseria, miseria occidental! El amor en Occidente ha cumplido hazañas sin fin de obstinación y de arrojo, y ha conocido el tremendo coraje del sacrificio o la venganza. ¿Pero cuándo, pero cuándo se vió entre las mujeres adoradas, nada igual a Damayanti?

10.—Y esta es su historia: Nalo, el famoso príncipe Nalo, se ha enamorado de la princesa Damayanti, la hija del rey Bima que reina en Vidarba. Se enamoró de Damayanti por la fama de su belleza, no por haberla visto, que nunca la vió; aunque bien cierto debe ser que a todas horas la veía con los ojos del alma. «¡Tuviera yo alas!», exclamaba el príncipe, envidioso de los pájaros de las florestas. «¡Tuviera yo alas!» Y un día los envidiados pájaros, apiadán-

dose, volaron hacia Vidarba, mensajeros de aquel amor.

11.—Y Damayanti, que no cesaba de oír las alabanzas que levantaba el nombre de Nalo, estábanse aquel día sentada con sus amigas en las alfombras de una galería del palacio. Y, naturalmente, se había quedado pensando en Nalo, a quien amaba con grande amor, aunque nunca lo viera. Y en esto, una bandada de pájaros se posó entre ellas, y sobre las faldas vistosas y sobre los hombros desnudos, entre juegos y górzeos divinos. Mas luego se echaron a volar. Y como se échasen a volar, cada una de las doncellas hubo de correr en pos de cada uno de los pájaros. Y Damayanti iba persiguiendo un ave maravillosa sin conseguir darle alcance, y en su loca persecución se fué internando, internando en lo solitario de un bosque.

12.—Hasta que, al fin, en la soledad del bosque, el ave con voz musical, habló así: «Damayanti: Nalo, más hermoso que todos los dioses; Nalo, el orgullo de los hombres, se ha enamorado de ti. ¿No lo tomarás por esposo? Ni entre los dioses, ni entre los semidioses, ni entre los hombres, los gigantes y los genios, hay ningún ser que se le asemeje. Si tú eres la perla de las princesas, Nalo es la diadema de los príncipes. Tómalo, tómalo por esposo».

13.—Entretanto, el viejo rey Bima, padre de Damayanti, rey

## Fidelidad

=De La Prensa. Buenos Aires=